

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

Por LAPASA DE MARTIARTU

He tenido el honor de ser invitado a escribir unas cuartillas para esta simpática Revista, y no puedo menos de aceptar gustoso.

Aunque no sea lo más propicio hablar de enfermedades en estos días de fiesta, tenéis que tener en cuenta que, para nosotros los médicos, ni aun en estos momentos, nos podemos desligar de la misión que nos está encomendada. Es decir, intentar conseguir recuperar o conservar la salud. Si estas breves líneas sirven en parte, aunque sea muy pequeña, a esto último, veré satisfechos mis deseos.

Quiero hablaros de la Fiebre Tifoidea, por ser una enfermedad que todos los años hace su aparición, sobre todo en el otoño, dejando huella amarga detrás de sí.

Para combatir a un enemigo es necesario conocerlo. En este caso, se trata del bacilo de Eberth, por ser el que lo descubrió en 1880. Ser vivo, microscópico, en forma de bastoncito, que en el hombre enfermo se encuentra esparcido por casi todo el organismo, pero sobre todo en la vejiga de la hiel. Es enfermedad muy contagiosa y una tifoidea viene siempre de otra, aunque el contagio a veces no se haga directamente, sino por intermedio de los alimentos, bien líquidos o sólidos, como el agua, la leche, las verduras, frutas, mariscos, etcétera, que previamente hayan sido contaminados.

Fijándose en los caracteres de este bacilo veremos qué fácil es propagar esta enfermedad y cuán difícil localizar estos brotes epidémicos.

El organismo enfermo está con tantamente eliminando al exterior cantidades muy grandes de bacilos tíficos, sobre todo por sus excrementos y orina, pudiendo a veces continuar así, aun después de su curación, durante meses y no rara vez años.

Una de las particularidades que le imprimen carácter es la resistencia a su destrucción una vez fuera del organismo, o sea en el medio ambiente. El calor le es bastante sensible, pero aún así necesita 60° durante veinte minutos para matarle con seguridad. Por lo tanto, un medio eficaz en tiempos que existan casos de fiebre tifoidea es hacer hervir los líquidos, cocer las verduras y someter al calor fuerte todos los alimentos sospechosos, con la seguridad de que en dichos elementos no existirá ningún germen que nos pueda contagiar. No le ocurre lo mismo con el frío, al que es capaz de resistir en el hielo durante ciento tres días, según Mitchel, sin perecer, y tres o cuatro meses sobre la tierra, siempre que estén protegidos de los rayos solares, ya que éstos son unos maravillosos desinfectante que los mata mucho antes.

No quiero detenerme para no hacer demasiado extensas estas cuartillas, pero bien merecía la pena de dedicar unas líneas sobre la influencia de la vivienda. No esta enfermedad, sino sin excepción todas, se ven favorecidas por la falta de ventilación, de sol, que, junto con el hacinamiento, miseria y suciedad, constituyen el terreno abonado para la persistencia y propagación de las epidemias.

A pesar de todo, en este caso concreto, en esta enfermedad tan larga, tan desagradable para el enfermo como para su familia, hasta para el propio médico, con sus trágicas, temidas e inevitables complicaciones de la peritonitis y la hemorragia, todo ello, y lo podemos decir con orgullo, es evitable dentro del concepto de la medicina, que no es una ciencia exacta.

Para confirmarnos en lo dicho, expongo mi propia experiencia. Encerrado, valga la palabra, hora tras hora en una sala de treinta y más tíficos, un día tras otro en contacto con ellos, como requiere nuestra profesión, salí sin contagiarme. Es verdad que no porque se introduzcan unos cuantos bacilos en el organismo adquiere uno la enfermedad, no; se necesita un número elevado y además una cierta susceptibilidad, pues de lo contrario éste echa mano de sus múltiples y complicadas defensas y elimina a los huéspedes que tan sigilosamente y con tan malas intenciones se habían introducido. Pero en mi caso tener casi la seguridad que un número suficiente, a pesar de todas las precauciones, había logrado franquear la barrera. ¿Cuál era entonces la causa de que no hiciera su aparición? Sencillamente, la vacuna.

Parece lógico que para conseguir tanto beneficio el coste tenía que ser elevado, y no es así. Sencillo e inocuo, cosa que se efectúa diariamente a millares de personas sin que ocurra nada o a lo sumo una ligera reacción de 24 ó 48 horas y la molestia de dos o tres pinchacillos o sacrificar una hora de sueño durante tres días. ¿Y qué se puede comparar con la angustia de los padres o la de los hijos, por sus padres o hermanos, postrados en la cama durante treinta, cuarenta días, representando igual el sustento de toda la familia y sin el consuelo de que porque éstos transcurran disminuya el peligro? Reflexionad y actuad en consecuencia. Y para terminar, para aquellos que argumentan, y no les falta un fondo de razón, que es malo vacunarse cuando se ha estado ya en contacto con un tífico, les digo que es éste el momento propicio de preocuparse, ya que es un mal sistema, en este caso como en otros muchos, acordarse de Santa Bárbara cuando truena.